

francos), que Montchenu apresuróse á reclamar del duque de Richelieu, en vista del efecto producido por la fiesta y del número de brindis en honor del rey y de la familia real. «Esto ha tenido mucha resonancia, repetida con mayor intensidad en la cena, de modo que sospecho hayan llegado los ecos hasta Longwood... Esta fiesta ha quebrantado la reputación de nuestro prisionero, quien al día siguiente despachó criados á la ciudad para enterarse de lo ocurrido. Desde entonces, está de un humor de perros y no quiere recibir á nadie, ni siquiera á los extranjeros, que tan entusiasmados salían de su casa.»

En efecto, Napoleón rogó oficiosamente al gobernador que no concediese más permisos, y al mismo tiempo previno que enviaría la respuesta referente á los tres comisarios.

Por entonces, sostuvo el Emperador una interesante conversación con Sir Malcolm, de la cual anotó el marqués los siguientes fragmentos: «El almirante habló á Bonaparte del campamento de Bolonia y de la invasión de Inglaterra, preguntándole si en efecto quiso invadirla y si lo creía posible, no obstante las dificultades del desembarco, sin contar con la escuadra del canal, que no hubiera dejado pasar ni un buque. Respondió Bonaparte afirmativamente, y que, al efecto, había ordenado la salida del almirante Villeneuve, con aparente intención de atacar las Indias occidentales. Como entonces nadie sospechaba en Inglaterra la posibilidad de invasión, estaba seguro de que inmediatamente hubiera zarpado el grueso de la flota del canal en persecución de Villeneuve, quien llevaba secreta orden de aprovechar la primera coyuntura náutica para retroceder hasta reunirse con él. Semejante combinación le hubiera hecho dueño del canal durante una quincena por lo menos, tiempo más que suficiente para efectuar el desembarco. Además, era aquella empresa bastante atrayente, á pesar de sus dificultades, para intentarla.»

»También volvió á hablar de Waterloo. Preguntóle el almirante por qué había arremetido desde un principio, con todas sus fuerzas, contra los prusianos del ala derecha en vez de atacar el ala izquierda, con lo que Wéllington se hubiera retirado antes de ver cortada su comunicación con el mar, ó bien le hubiera puesto en el caso de una repentina derrota. A esto respondió Bonaparte: «Tenéis razón. Todo

esto calculé, y sobre todo, la ventaja que al abrirme el camino de Flandes me hubiese proporcionado su retirada; pero conocía yo muy bien al *borrachón* de Blücher, que inmediatamente me hubiera atacado con todas sus fuerzas, por las ganas que de pelear tenía; y ciertamente no fuera igual la partida; mientras que si tomaba la ofensiva contra él, estaba yo seguro de que nadie acudiría en su auxilio, y en efecto, le derroté. En seguida me revolvi contra Wéllington, que sin duda no me esperaba, y libramos la batalla de Waterloo, cuyos honores corresponden á Wéllington porque los prusianos llegaron en su auxilio; pero, de cumplir Grouchy con su deber, le hubiera deshecho.» De vuelta en vuelta, cayó la conversación en el tema de las conspiraciones, y preguntóle el almirante cómo pudo determinarse al juicio del duque de Enghien. Respondió Bonaparte diciendo: «No mandé que le juzgaran, mandé que lo fusilaran. Había conspirado contra mí. La prueba estaba en mi mano.» Al hablar de Ney, dijo: «Lo siento mucho; era un valiente. ¿Acaso lo han guillotinado?—No; ha sido fusilado.—¿Es posible? ¡Le juzgó la Cámara de los Pares!» Dicho esto, dió unos cuantos pasos con los brazos cruzados y exclamó: «¡Al fin y al cabo, me traicionó en Fontainebleau! Por lo que toca á Murat es otra cosa. Era un... y un necio.» Le place á Bonaparte el indulto que el rey otorga á los generales del imperio, condenados por la Restauración, pero teme que esto le substraiga partidarios. «En cuanto á mí, jamás indulté á los traidores, y así estuve siempre bien servido.»

*10 Noviembre 1816.*—A principios de Noviembre, no obstante las seguridades dadas por los tres comisarios á sus respectivos gobiernos acerca del perfecto estado de salud de Bonaparte, cambió éste notablemente, á causa, en opinión del doctor O'Meara, de la sedentaria vida que llevaba. Se recluía días enteros en su habitación, sin salir de ella ni para comer, entretenido en leer ó escribir, con puertas y ventanas tan cuidadosamente cerradas que no podía entrar el aire. Pronto aparecieron síntomas alarmantes, como la respiración fatigosa y la tos frecuente; tenía los pies siempre fríos, y las encías tan reblandecidas, que soltaban sangre á la presión más leve. El médico temía el comienzo de una enfermedad tan grave como la hidropesía de pecho, cuyo desenlace pudiera ser fatal. «¿Cuándo ocurrirá

esto?, — escribe Montchenu. — Pero ¡ay!, todo resulta inútil, porque mejora de día en día.»

De estas reflexiones se infiere el singular interés que Montchenu se tomaba por la salud del prisionero de Lowe. No es, sin embargo, la única vez que deja vislumbrar la satisfacción que le causaría una muerte que para él sería verdadera liberación. Así es que frecuentemente trata de este asunto en el curso de su correspondencia.

12 Diciembre 1816. — En este último mes del año ocurrió un lamentable incidente, que aun para los individuos de la exigua colonia de Longwood tuvo magnitudes de suceso importante en la monotonía de su destierro. Fué la partida, ó mejor dicho, la expulsión de Las Cases, después de su tentativa de ponerse en correspondencia con Europa. Según versión de Montchenu, supo el gobernador que Las Cases tenía por criado al hijo de un humilde propietario de la isla, un mulato ingenioso, astuto y hábil como un hurón para colarse por todos los escondrijos de la isla. Ya bastaba para despertar sospechas que el hijo de un propietario se acomodase de criado, y por ello mandó vigilarle el gobernador. En esto tuvo Las Cases ocasión de despedir á su criado; pero antes de marcharse, dijole su amo que dejara allí sus ropas para tener con ello motivo de volver. Así lo convinieron, y el criado marchóse á casa de su padre. En el entretanto escribió Las Cases, con ayuda de su hijo, unas cuantas cartas sobre otras tantas piezas de satén, cosidas después entre el forro y la tela del chaleco del criado. Volvió éste á Longwood al cabo de tres semanas para recoger la ropa, y al entregársela, Las Cases le dijo: «¿Eres animoso? ¿Quieres servir al Emperador? Si te atreves á ello, labrarás tu fortuna inmensa. Es preciso ir á Inglaterra, con esta carta abierta que te doy. Para ello pedirás embarque, con pretexto de solicitar empleo. En este chaleco está todo lo que has de llevar.» El muchacho prometió hacerlo cual se le pedía, pero como felizmente no sale buque cada día, le fué preciso esperar. En aquel intervalo, disgustado el propietario al ver que su hijo cobraba afición á la ociosidad, le reprendía con gran frecuencia por su conducta, á lo cual replicaba invariablemente el muchacho: «No necesito nada, porque ya tengo hecha la fortuna.» Un día en que el padre, más enojado que de costumbre, le vituperaba con mayor severidad, respondióle el hijo que no quería oír hablar de

trabajo porque llevaba la fortuna en el chaleco. Encolerizado el padre, desgarró la prenda y encontró las cartas ocultas entre la tela. Quiso entonces saber de dónde procedía aquello, y el muchacho confesó de plano. El padre, que estaba enterado de las ordenanzas de la isla, tuvo miedo á la horca y exigió del imprudente que sin perder momento fuera á decírselo todo al gobernador, pero él no quiso en modo alguno. Sin embargo, atemorizado el padre por la perspectiva de la horca, consultó el caso con un vecino suyo, capitán de la guarnición. Este oficial aparentó no dar importancia al descubrimiento, con el secreto propósito de apoderarse de las cartas y valerse de ellas en provecho propio ante el gobernador, y así aconsejó á su vecino que, para salvar su responsabilidad personal, denunciase el hecho á Hudson Lowe, quien al punto mandó prender al muchacho, en cuyo chaleco se encontraron otras tres cartas.

Al día siguiente, 25 de Noviembre, el gobernador en persona fué con su escolta á prender á Las Cases y al hijo de éste, en una casita no lejos de Longwood. Desde aquel punto se tomó la nueva precaución de hacer con el telégrafo óptico una señal cada vez que Bonaparte salía de su casa y no retirarla hasta que volvía á entrar. Mientras duraba la señal, todo el mundo se ponía en guardia.

Confiscó el gobernador, para enviarlos á Inglaterra sin perder tiempo, el gran número de papeles que Las Cases tenía, menos unos cuantos cuadernos referentes á la vida de Bonaparte, que le fueron devueltos.

«Aquel día comimos todos en *Plantation-House*, y el gobernador pensó darnos señalada prueba de confianza con la noticia de la prisión, pero sin clarearse gran cosa sobre el motivo. No obstante estar ya enterados del suceso desde el mismo día de ocurrir, por secreto que pareciese, fingimos sorpresa al oírlo de labios del gobernador, á quien le pregunté yo si en los papeles encontrados se trataba de algún individuo residente en Francia, pues en tal caso me convendría saber quién fuese para denunciarlo. A esto me respondió con su acostumbrada frialdad: — Todo irá á manos de mi gobierno, que de seguro no dejará de participar al vuestro cuanto pueda interesarle.»

Al enterarse Bonaparte de la detención de su confidente, exclamó sin inmutarse: «¡Las Cases está loco!» Cuando la marcha de Bian-

towski (1), su testafarro en Longwood, dijo casi lo mismo: «Me alegro que se haya ido (2).»

Al cabo de un mes de tenerlo preso le propuso el gobernador á Las Cases que volviera á Longwood, previa palabra de honor de no volver á pensar en entablar relaciones con Europa. Las Cases se negó á ello, diciendo: «Estoy desconceptuado á los ojos del Emperador (3).» Tampoco quiso despedirse de su amo, y á fines de Diciembre embarcó con destino á El Cabo.

Aun no se había apaciguado la emoción despertada en la isla por el incidente Las Cases, cuando sobrevino otro al que el gobernador dió cierta importancia. A este propósito escribe Montchenu:

«Es un asunto que aquí ha tenido mucha resonancia. Se trata del señor Welle, agregado por personal indicación del emperador de Austria, con mil luises de sueldo, al séquito del barón de Stürmer en calidad de botánico. ¡Muy caras se pagan unas cuatro docenas de plantas ó de arbustos! Este hombre ha sido designado entre los profesionales de Schönbrunn. Es muy entendido en su especialidad y tan honrado, que podría responderos de su probidad... Pero antes de proseguir, conviene recordar que tras la tentativa de raptó del hijo de Bonaparte, quedó despedida de Schönbrunn toda la servidumbre francesa, excepto el aya del niño, llamada Marchand, precisamente la madre del ayuda de cámara de Bonaparte en Longwood. Como quiera que María Luisa y el aya pasean diariamente por los jardines de Schönbrunn, hablan casi siempre con el director, señor de Boos, quien á instancias de aquéllas entregó al señor Welle un mechón de pelo, envuelto en un papel escrito, con encargo de dárselo á Marchand en persona, como así lo hizo el señor Welle al día siguiente de nuestra llegada. Por el color del cabello parece que el mechón es del pequeñuelo Bonaparte, quien al mismo tiempo pide el retrato de *papá*. Welle cometió la torpeza de ocultar el caso al barón de Stürmer, porque, mejor botánico

(1) Oficial polaco que siguió al Emperador á Santa Elena.

(2) Thiers afirma, por el contrario, que «Napoleón se irritó en extremo de que allanaran su morada para arrebatárle un hombre tan respetable y del que tanta necesidad tenía». (*Consulado é Imperio*, t. XX.) Según Stürmer, el Emperador exclamó, dos días después de la prisión de Las Cases: «¡Ojalá me muriese!» (*Informes del barón de Stürmer*, pág. 41.)

(3) *Informes del barón de Stürmer*, p. 36.

que político, sólo vió en ello una insistente recomendación de su jefe. Se ha descubierto en parte este gran misterio, y Welle lo ha revelado todo ingenuamente (1).»

A consecuencia de este incidente, el gobernador puso en conocimiento de los tres comisarios que, con arreglo al acta del Parlamento, referente á la detención del Emperador, toda persona residente en Santa Elena estaba sujeta á la jurisdicción de los tribunales ingleses y se le aplicaría la ley común, no obstante el carácter especial de la comisión que pudiera tener. Contra esto protestó enérgicamente el marqués de Montchenu, quien le dijo á Hudson Lowe «que él se consideraba fuera de la jurisdicción inglesa y que el rey, su amo, no consentiría el más mínimo menoscabo de la libertad de acción de un vasallo suyo» (2).

En cuanto al señor Welle, permaneció algunos meses en la isla sin que las autoridades le molestaran, y al fin se puso en claro que se había abusado de su buena fe para enviar por mediación suya una carta á Longwood.

(1) Al regresar Welle á Austria, mandó el príncipe de Metternich que se le sometiese á un interrogatorio, del cual resultó más imprudente que culpable. (*Informes del barón de Stürmer*, p. 248.)—Sin embargo, es muy posible que al pasar por París este individuo recibiera para Gourgaud otros encargos aparte del pañuelo que le trajo. (Véase el núm. 2 de las piezas justificativas.)

(2) Véase el núm. 3 de las piezas justificativas.